

# CARLO MARIA MARTINI

JOSE DONOSO, S.J.

¿Un marcador de goles del más famoso cuadro futbolístico italiano en vías de ser incorporado al Cobreloa? ¿Un cantante de San Remo dispuesto a conquistar la Quinta Vergara en febrero próximo? ¿Un dinástico representante del más prestigioso aperitivo fascinadamente promovido por la mejor propaganda de la T.V....?

Nada de eso. Carlo Maria Martini es un flamante cardenal de la Iglesia Católica, consagrado en Roma en el Consistorio el 2 de febrero último.

Justo tres años antes, la férrea voluntad de Juan Pablo II había hecho Arzobispo en Milán al P. Martini, rector de la Universidad Gregoriana de Roma. El jesuita—anteponiendo el deseo del Papa a la regla de su propio instituto religioso—debería ocupar la sede de San Ambrosio, de San Carlos Borromeo, de los que más tarde serían Pío XI y Paulo VI.

Martini, pues, desde el 10 de febrero de 1980 ha pastoreado la más importante diócesis de Italia, después de Roma. La diócesis más grande del mundo en número de católicos. La ciudad—capital de la industria y de la banca—es la más "moderna" de la Península, por eso la más paradigmática en este mundo en que vivimos. Martini se ha referido a "su misión cosmopolita de ciudad centro-europea, encrucijada del Oriente y el Occidente, del Norte y del Sur, abierta al mundo con su comercio y sus industrias..."

En su primera homilía en la famosa catedral había afirmado que ser Arzobispo de Milán significaba para él "dejar la tranquilidad de su mesa de estudio y entrar en las aguas tumultosas y entusiasmantes de una comunidad viviente". Ahora, como cardenal, añadía: "Estas aguas me

parecen dilatarse a las dimensiones de los océanos".

He aquí el "nuevo acento" de su misión: "Un ensanchamiento más responsable de los horizontes, una visión del hombre con una perspectiva mundial, para caminar hacia un consenso en torno a la paz, la lucha contra el hambre y el sufrimiento, en la búsqueda de la justicia para todo hombre".

Hombre de Dios, antes de tomar posesión de su diócesis como cardenal el domingo 6 de febrero recién pasado, vivió una intensa jornada de retiro espiritual en un monasterio, seguida de una visita a un hospital, cristalización del dolor humano. Porque ha venido a servir a "los últimos, los más débiles, los solos, los enfermos, los encarcelados, los que tienen miedo del porvenir..."

"¿Cómo será el cardenal Carlo Maria Martini?", se pregunta *Il Corriere della Sera* del 29 de enero. "El arzobispo ha anunciado su propio programa. Nada de fórmulas o discursos; los objetivos se precisan en la evocación de tres figuras ('cercanas a la mente y el corazón', precisa el P. Martini) que le servirán de modelo. Son los cardenales Bea, Mindszenty, Romero. Tres nombres, tres experiencias diversísimas, plenas de significados sutiles y profundos:

—Agustín Bea, el 'hombre del diálogo' del Concilio, primer presidente del Secretariado para el Ecumenismo;

—José Mindszenty, símbolo del 'martirio', durante años prisionero en su patria;

—Oscar Romero, 'uno de los más grandes cardenales de nuestro siglo, aun si no fue nunca cardenal: lo mataron mientras celebraba la misa'..."

Su programa, pues, está con-

tenido en esos tres nombres y en estas tres palabras-síntesis que repite una y otra vez: "Diálogo, Martirio, Eucaristía". Ha declarado que la púrpura cardenalicia no es el color del privilegio sino el de la sangre. Porque hay que resistir hasta la muerte. Y es éste el supremo SERVICIO. Así nos lo recuerda monseñor Romero. Y antes, John Fisher y Thomas Becket. Y mucho antes, perentoriamente, el mismo Jesucristo.

La "festiva turba" que lo acogió en Milán, los cristianos de Italia y del mundo, esperan mucho de Martini. ¿Se producirá un "milagro en Milán" más "aterrizado" esta vez que el propuesto hace años por Vittorio de Sicca?

La prodigiosa catedral podría ser otra vez su signo.